

## **CLAVES PARA OTRA LECTURA EN LA POESÍA DE GABRIEL Y GALÁN**

MARÍA LUISA RODRÍGUEZ ANTÓN

**RESUMEN:** Las ideas esbozadas en esta ponencia giran en torno a un eje temático común ya enunciado en el texto: modernidad y vigencia de la poesía de Gabriel y Galán.

Una modernidad que radica fundamentalmente en la consideración de su poesía como herramienta que nos ayude a recuperar nuestras hoy tan desdibujadas señas de identidad. Modernidad que pasa por la creencia en la necesidad de unos valores que nos sirvan de asideros y que hemos esquematizado en seis parejas de contrarios que atraviesan toda la estética galaniana. Identidad frente a globalización; altruismo frente a individualismo; sencillismo frente a consumismo; modo de vida natural frente a modo de vida urbano; plena fe en el amor frente a escepticismo; y paz frente a violencia. Valores todos ellos tan necesarios para el hombre de hoy.

**ABSTRACT:** The outlined ideas of this report turn round a common thematic axis: modernity and vigency in Gabriel y Galán's poetry.

A modernity that lies upon the consideration of this poetry like a tool that helps us to recuperate our identity marks by the establishment of some values that cross the whole Galaniane aesthetic: identity versus globalization; altruism versus individualism; plainness versus consume; natural way of life versus urban way of life; complete faith in love versus scepticism; and finally peace versus violence. Needed values for the modern human being.

**PALABRAS CLAVE:** Señas identidad / solidaridad / sencillismo / naturaleza / amor / paz.

Quiero llamar la atención, en primer lugar, sobre el propio título, “otra lectura”, enunciado así al final de este Congreso en el que han intervenido conocedores eminentes de la obra y el tiempo del poeta cuyos versos han perdurado tan fijamente en mi recuerdo. Ahora, tras una relectura de sus poemas, el título que se oculta tras la contención semántica de aquél es otro que hubiera resultado, a primera vista, un tanto heterodoxo, cuando no manifiestamente provocador: “Modernidad y vigencia de la poesía de Gabriel y Galán” –entendiendo el término modernidad en lo que tiene de transgresor, de rompedor, de moderno, en definitiva.

Procedamos a las pertinentes consideraciones. En primer lugar, existe en la poesía de este autor un certero entramado temático y formal resuelto por el feliz ensamblaje de las diferentes formas de discurso y las funciones del lenguaje que les son propias, dirigidas a diferentes finalidades, que convergen en una: el conocimiento de uno mismo y del otro, esencia última de toda poesía. En este sentido, creo que una lectura detenida y sin prejuicios de sus versos nos ayuda a perfilar y recobrar un poco más nuestras tan desdibujadas, en estos tiempos de globalización y subsiguiente clonación intelectual y moral no advertida que padecemos, señas de identidad en su doble vertiente individual y social.

Esta identidad pasa necesariamente por la fe en unos valores cuya ausencia intentan encubrir grandilocuentes y pomposos tecnicismos pedagógicos al uso. Y así, la preconización de la necesidad de la existencia misma de unas certezas dadas, de unas verdades –como toda verdad– asomadas permanentemente a la duda, eso es ya radicalmente moderno. Veamos cuáles son esos asideros, esos soportes, y cómo podemos, en medio de la incertidumbre y perplejidad constante de nuestro tiempo, hacerlos aliados y asientos nuestros, un siglo después de haber sido escritos y casi, podríamos decir, inmerecidamente proscritos.

Pues bien, ahí están narración y descripción hermanadas en la recuperación de la memoria mediante la evocación de lo que fuimos no hace tanto: un mundo rural marcado por la dureza del trabajo y la escasez de la comida, un mundo en el que la cebolla amiga ayudó a mantener erguida la castigada espalda de los segadores en las interminables jornadas de sol a sol, en el que la onza de chocolate y la copita de aguardiente ayudaron a mantener despiertos los ojos somnolientos de los hombres arrancados del primer sueño para acarrear la mies y dejarla en las eras antes del alba, en el que las “rojas mediaslunas de la sandía aliviaban la sed y la fatiga de las horas de siesta pasadas en el trillo bajo un sol de justicia...”.

Usos, costumbres y tradiciones no tan lejanas en el tiempo se nos hacen más presentes, más vívidos, leyendo los versos de esta poesía “De muchos tallos apiñados en torno a la tradición”, en palabras de doña Emilia Pardo Bazán. Y así desfilan ante nuestros ojos recobradas imágenes como la de un hombre arando a la vez tierra y sentimiento, gráfica estampa recogida en el conocido poema *Surco arriba, surco abajo*

Araba el tío Roque  
con su yunta de dóciles vacas,  
con la Triguera,  
con la Temeraria.  
Y conforme la reja iba hendiendo  
la tierra esponjada,  
que al calor y a la luz descubría  
las frescas entrañas,  
el secreto pensar del tío Roque,  
que el silencio en redor barruntaba,  
por imán de silencio arrancado  
del fondo del alma,  
a esparcirse sin miedo salía  
de la cárcel estrecha en que estaba.

o esa otra estampa de aquel flamante y temerario ganadero en cuyo trote parecen resonar aún los ecos de otro trote legendario:

Clavado en la dura silla  
de su viejo caballote  
se va a Extremadura al trote  
y al trote torna a Castilla.

Todo está delicadamente envuelto por ese prodigioso amor al terruño, ese sentimiento intemporal impreso en todo hombre que haría exclamar a un Sancho enardecido y emocionado a la vez ante la vista de su aldea aquellas conmovedoras palabras: “abre los ojos, deseada patria...”. Y es que después de la lectura de los versos de Gabriel y Galán nuestra pequeña patria, la de cada uno de nosotros, termina siendo un poco más nuestra, sin dejar por ello de ser de otros.

Quiero decir que ese acercamiento, casi fusión con el “medio”, va más allá de la etiqueta de literatura regionalista con que ha sido catalogada esta poesía para adelantarse al Posmodernismo, movimiento que al otro lado del mar recibe un nombre mucho más precioso y preciso, *sencillismo*, término éste tan apropiado para calificar los versos del poeta que estamos celebrando. Como ellos y antes que ellos, los sencillistas, con “la maestra de América” a la cabeza, la venerada Gabriela Mistral, otro Gabriel, el poeta de Salamanca, centra su mirada poética en lo cercano, lo cotidiano: la tierra, la hacienda, el hogar.

Se asombra el poeta y nos asombramos nosotros ante la magia de su sencillez, en un afán de hacer de esa realidad –muchas veces hostil–, de “aquellas horribles tarántulas” que muerden la boca de *Mi vaquerillo* o de aquella jurdana aterida de penas y frío, de hacer de esa realidad materia poética. Esta materia poética, en una lectura inteligente y libre, nos hará recobrar, sí, la identidad, la individualidad, porque somos también lo que fuimos, una individualidad que se opone –ahí la modernidad– al individualismo exacerbado y falaz tan proclamado como consigna en esta nueva falange mediática que es la televisión y con ella la publicidad

–“personaliza tu *pearcing*, elige las bolas y los flecos que tú quieras” (mientras tanto no elijas tus pensamientos, ¡claro!)–.

Y así, frente a ese individualismo excluyente y devorador fundamentado en el consumo que podría resumirse parafraseando la conocida sentencia en “compro, luego existo”, frente al consumismo feroz, Gabriel y Galán postula una sencillez feraz, basada en lo esencial, que nos libra del acoso de las cosas para dejar sitio a las personas, al otro.

Hay en la obra de Gabriel y Galán un reconocimiento expreso de la presencia del otro, pues el maestro salmantino equipara su oficio, el de poeta, con el del labrador. Y como éste quiere fecundar la tierra, él, maestro y poeta, quiere fecundar las mentes y los corazones de las gentes sencillas... y quiere ser voz que se hace eco de otras voces, ya exultantes de amor y sementera ya víctimas silenciosas y anónimas del hambre, la miseria o la ignorancia. Así, clamará estremecido en *La jurdana*, poema ya mencionado:

Yo les pido dos limosnas para ellos  
a los hijos de mi patria:  
¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!  
¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!

A ellos: a la jurdana “con el hijo medio imbécil a la espalda, al muchacho que “Extendió para ambos su raquílica manta”, al desahuciado para quien su mal es “ansí como un bicho agarrao en el güeco del cuerpo”, o a *La bedionda*, la mujer mala redimida por el amor del hombre bueno –quien increpará así a su madre, perplejo aún ante su propia valentía:

Asín jablaba la madri  
y el hijo asín contestaba:  
madre, me quiere y la quiero  
manque dicen que es mundana.

Y es debido al afán por hacer de la voz del pueblo una realidad escrita por lo que nuestro poeta no dudará, como estamos viendo, en escribir en dialecto o incluir vulgarismos, todo ello con una doble finalidad: la de dar verosimilitud a lo poetizado y la de acercar la poesía al hombre de la calle. Ese deseo de veracidad llegaba hasta tal punto que se cuenta que leía a sus jornaleros sus poemas para que le diesen su parecer y corrigiesen cuanto él hubiese deformado... De ahí a la literatura compartida de Internet... Ya veis.

Voz sencilla de cronista que busca deliberadamente una expresión clara, anegándose a veces en las movedizas arenas del prosaísmo, el tópic, la arenga o el simple ripio.

Pues bien: a aquéllos y a tantos otros prestará su voz cálida y trémula, abierta a la dolorosa realidad colectiva, empapada de aliento solidario, clamando dolorido ante Dios:

Señor, en las tierras hermanas  
de estas tierras castellanas,  
no viven vida de humanos  
nuestros míseros hermanos  
de las montañas jurdanas.

Son versos que, en su entrañable calidez, cargada de crítica amargura, nos traen a la memoria los de otra voz que quiso ser y fue también del pueblo: la de Pablo Neruda, versos de los que tanto hubiera gustado y con los que tanto se hubiera identificado nuestro poeta castellano. No me resisto a la tentación de recordarlos:

Sube a nacer conmigo, hermano  
Miradme desde el fondo de la tierra,  
Labrador, tejedor, pastor callado...

Acabamos de nombrar una palabra clave en la obra del poeta: tierra. Y es que el sentimiento telúrico, como ya se ha analizado aquí, atraviesa por toda la poesía galaniana y trenza primorosamente toda su estética en esa casi mitificación de las fuerzas creadoras de la tierra, en esa "Mística de la tierra" vivida como una posibilidad de acceder a la armonía primitiva y convertida en los versos de *Campesinas* o *Castellanas* en una realidad intrínseca y constituyente última de su yo más íntimo, y también de su yo más social: tierra que vive y siente como propia, que vive y siente como suya... enredada en su carne –carne, esposa y madre ella misma.

... Naturaleza a la que también hace partícipe, interlocutora amiga de sus gozos o sus penas, como lo hicieran tantos poetas castellanos, como lo hiciera Unamuno, su amigo. Naturaleza y alma fundidos en anhelos y nostalgias, en sueños y quimeras, en amores y penares... como esa angustia contenida ante el paso del tiempo y la llegada de la muerte que aparece en su poema *Presagio*, que tan certeramente ejemplifica lo que estamos diciendo:

Yo tengo miedo, Agustina  
que el tiempo que se avecina  
me busca amenazador  
¡Ay que ya murió la encina  
del valle de Fuenmayor!

... Pero también alborozo que brota "del buen amor de la mujer fecunda" del que en las sementeras le hablaran "los mansos bueyes de gigantes fuerzas".

... Una naturaleza no siempre benefactora; a veces, incluso, hostil. Así que corramos a ponernos a cubierto de esa amenazante nube que agosta la cosecha y la esperanza:

Se pusieron los valles oscuros,  
se pusieron violáceas las sierras,  
y fatídica, ronca, iracunda,  
vengadora, cercana, tremenda,  
zumbó la amenaza,  
vibró la centella,  
que rayó con su látigo el vientre  
de la nube cargada de piedra.  
¡Y la nube en los campos inermes  
derrumbó aquella carga siniestra!  
(*Una nube*)

... Una Naturaleza depositaria también de la belleza y ella misma belleza. Así lo proclama el poeta en *Invitación*:

Señores de la ciudad  
si henchir queréis de verdad  
el mundo de la belleza  
dejadle a naturaleza  
su cetro de majestad.

Además de los valores analizados hasta ahora en la poesía de Gabriel y Galán –identidad frente a globalización, altruismo frente a individualismo, sencillismo frente a consumismo– hay, como estamos viendo, en sus versos una defensa a ultranza de la vida en comunión real con la naturaleza: de un modo de vida rural frente a un modo de vida urbano. Y así, frente al urbanita aherrojado en la estrechez física y mental que cabe en cuarenta metros –voy a ser optimista–, propone la libertad de miras que permite la mirada de los espacios abiertos y amplios horizontes.

No hay en su poesía sólo un ruralismo que pueda resultar añejo, claramente alejado de ese concepto reglado y subvencionado presente en el llamado “turismo rural” tan de moda; hay algo más: ese algo es la lección que se extrae tras la lectura de sus poemas. Uno aprende con él a ejercer “el dulce oficio de mirar” –como decía Góngora–, de mirar los colores, el agua, los pájaros, la naturaleza toda que se abastece de nada ...y a escuchar su canto, que es canto de paz y es canto de amor. Pero oigamos su ancho y sereno respirar en medio de ese Todo:

La mente embebecida  
se carga entonces de memorias bellas;  
la paz de mi vivir me las regala  
y en paz el corazón las paladea.

Así, frente a un mundo cada vez más encanalladamente violento, la paz de la palabra del poeta del pueblo nos arropa, nos mece, nos arrulla...

Y llegamos, finalmente, al amor, siempre enredado en todo y enredándolo todo.

... Amor íntimo aliado de esa paz de la que hablábamos, e irrenunciable presencia en sí mismo. Pues, para nuestro poeta, el amor va unido indisolublemente a la fecundidad. Escuchemos estos versos de su poema *Tradicional*:

Mas, en mi estéril soledad hundido,  
Amor me ha visitado, amor me ha herido,  
y hervor de sangre que mi cuerpo inunda  
dice que no he nacido  
para morir estéril  
junto al nido  
de una raza fecunda.

... Amor unido a la fecundidad y, con ella, a la perduración que nos rescata y recata a otros de la muerte:

¿No soy yo vida nacida  
de vidas que a mí se dieran?  
Pues vidas que en mí se unieran,  
si vivo no han de morir,  
¡Por eso quiero vivir,  
porque mis muertos no mueran!

... Versos éstos que nos recuerdan aquellos otros que hubiera hecho suyos nuestro autor: los de Miguel Hernández, quien iba a mostrar también, desnudo, ese mismo acendrado sentimiento:

dormidos y despiertos con el amor a cuestras,  
seguiremos besándonos en el hijo profundo;  
besándonos tú y yo se besan nuestros muertos  
se besan los primeros pobladores del mundo.

Hemos oído la palabra *hijo*. Nos llama la atención que sea en dos poetas pegados a la tierra –labrador uno, pastor el otro– donde aparecen sentimientos pocas veces tratados como materia poética, y casi ninguna, o yo no conozco –salvo en la poesía hispanoamericana– de la manera en la que son tratados por ellos: maternal ternura hacia el hijo, amor ataviado de suave erotismo hacia la esposa.

Oigamos con qué cuidado amonesta a la esposa, para que trate con más mimo aún a ese “jabichuelino” suyo:

¡éjalo que si esponji un ratino,  
que tiempo le quea  
pa enliarsi con esos pañales  
que me lo revientan...

Pero no se conforma con verlo; quiere tocarlo, tenerlo en su regazo:

Éjame el mi mozu  
pa que yo lo meza,  
pa que yo le canti,  
pa que yo lo duerma  
al ton de las guapas  
tonás de mi tierra.

Y es que el Amor en sus múltiples formas asoma por todas las esquinas de esta poesía: desde el impulso sexual primario, límpido y ardiente que muestra ese cabrero-arquetipo del macho fecundador –que “como membrudo corredor venado rompe las breñosas mallas” en el poderoso poema titulado *Fecundidad*– al erotismo alegre de esas “mieses amontonadas que huelen a gloria y prometen glorias, pasando por esa otra consideración más sublime y literaria del amor en su doble vertiente: ya como elemento transformador de la naturaleza capaz de convertir el barbecho en huerto edenial (*Barbecho*), ya como puente de unión tan necesario –tan becqueriano, por otra parte– entre el vivir y el soñar:

¡Dos paisajes! El uno soñado  
y el otro vivido.  
Del vivir al soñar, ¿hay distancia?  
¡Pues Amor cegará tal abismo!  
(*Dos paisajes*)

Además de todo esto, y adelantándose a Miguel Hernández, como decía, existe en esta poesía una declaración rotunda de amor a la esposa ...y es que el poeta, a los veintitrés años, como hiciera D. Quijote a los cincuenta –también es una buena edad para tomar esa resolución– tomó –como él mismo dice– la resolución de amar y corporeizó esa resolución en su primera y única novia en la que encontró “el amor por el amor” más tarde convertido en “temblor enamorado”.

... Amor manifiesto en la abundante presencia de léxico emparentado con el campo semántico del enamoramiento referido a la esposa, aquella que buscara sin tregua para ser adorada, “Esposa a quien adorar” –confesará gozoso–, aquella que trocara su casa en “adorable idilio”, aquella que “sembrara mundos de ilusiones”.

... Amor sutilmente engalanado de erotismo en expresiones como “amante compañera” ... Amor, pues, que no excluye la complicidad, la amistad dentro del amor –tan difícil siempre, y novedoso entonces–, perceptible también en esa “sombra amiga” de la que habla el poeta de *Presagio* –erotismo que se hace grito desgarrado al reclamar, aunque sólo sea el recuerdo del deseo, “la camita onde yo la he quería” que defenderá con su vida el esposo enamorado del estremecedor poema *El embargo*.

Pero a mí lo que más me emociona es que no son sólo palabras, pues Gabriel y Galán va a dejar a un lado su vocación de maestro, como todos sabemos, para

seguir a su mujer y labrar sus tierras en Guijo de Granadilla. Y tal vez hubiera contestado lo mismo que el recién estrenado Premio Reina Sofía de Poesía cuando le preguntaron por qué vivía en Méjico: porque estoy enamorado de mi mujer. Pues bien, esta última certeza, el estar enamorado de la propia esposa, en estos tiempos de escepticismo en el amor y su permanencia y de claro descrédito del matrimonio, nuestro galán poeta tiene fe en el amor, incluso dentro del matrimonio y esto sí que me parece fabulosamente subversivo y moderno.

Y ya para terminar, he de decir que, al margen de lo apropiado o inapropiado de este adjetivo referido a la poesía de Gabriel y Galán, lo verdaderamente importante es que su verso, que es canto y es clamor, haya tenido el poder de convocarnos aquí cien años después unidos en la misma fe: la fe inquebrantable en la fuerza de la palabra como libertad creadora.